

seis de Mayo al alcalde de Auxerre: «Detesto, como la mayoría del pueblo francés, los tratados de mil ochocientos quince, de los que se quiere hacer hoy la única base de nuestra política exterior». Más claro no se podía decir á Prusia que siguiese adelante.

Esta declaración del Emperador francés devolvió la tranquilidad al rey Guillermo, que inmediatamente volvió á expresar disposiciones belicosas contra Austria. El siete de Mayo, Bismarck notificaba al gabinete de Viena que su soberano rechazaba definitivamente la intervención de la Dieta en la cuestión de los ducados; el ocho y el nueve del propio mes, su colega Roon movilizaba los últimos cuerpos del ejército prusiano y todo el *landwehr*; al propio tiempo, Italia continuaba sus preparativos de guerra con actividad febril. Napoleón III, asustado del efecto de sus palabras, propuso á Europa la celebración de un congreso, «cuyas deliberaciones versarían únicamente sobre los ducados del Elba, el litigio italiano y las reformas que conviniese introducir en el pacto federal de Alemania, en lo que estas reformas pudiesen interesar al equilibrio europeo». Prusia é Italia aceptaron la proposición: la Dieta de Francfort, dominada por el partido de la *triada*, que á la sazón se agitaba más que nunca, declaró que sólo á ella incumbía el derecho de regular la cuestión de los ducados y de proceder á la reforma federal; Austria pidió «que se excluyese de las deliberaciones cualquier combinación que tendiese á ensanchar el territorio ó aumentar el poder de uno de los Estados invitados,» lo que equivalía á oponerse á la celebración del congreso. En vista de esto, el gobierno francés anunció el siete de Junio que desistía de convocarlo. Esta negativa de Austria era más aparente que real, puesto que, al mismo tiempo, seguía con Napoleón III secretas negociaciones, que dieron por resultado el misterioso tratado de París de doce de Junio, comprometiéndose el gabinete de Viena á ceder Venecia y no modificar la situación política y territorial de Alemania sin el consentimiento del gobierno francés, á cambio de la promesa de que no serían amenazadas las posesiones pontificias. Este tratado fué causa de viva satisfacción para Napoleón III, que se creyó desde entonces árbitro omnipotente de Europa.

Bismarck, no ignorando el secreto concierto que Viena y París estaban en camino de contraer, encaminó todos sus esfuerzos á apresurar la ruptura. El primero de Junio, Austria sometió á la Dieta de Francfort la cuestión de Sleswig-Holstein y ordenó á Gabletz convocar los Estados de Holstein, «para recibir los votos del país acerca de su porvenir»; inmediatamente, Prusia declaró violada la convención de Gastein y mandó al general Manteuffel invadir con sus tropas el Holstein, que los austriacos, inferiores en número, evacuaron el once de Junio; en este mismo día, Austria pidió á la Dieta movilizar el ejército de la Confederación para proceder á la ejecución federal contra su enemiga, demanda que fué aprobada por nueve votos contra cinco; Bismarck replicó declarando, en circular, que la Confederación germánica había dejado de existir, que en la nueva que organizaría el futuro parlamento alemán no figuraría Austria, y, acto seguido,

mandó ocupar á Hannover, Sajonia y el Hesse electorado. En Italia, La Marmora partía el diez y siete de Junio para su cuartel general, y se formaba á toda prisa un cuerpo de voluntarios á las órdenes de Garibaldi. Así empezó, entre las dos grandes potencias alemanas, aquella guerra que reveló tantas cosas ignoradas de Europa. Prusia, dominada por la idea de vengar la humillación de Olmütz, se había preparado en silencio, y desde el estudio estratégico de las vías-férreas y de su aprovechamiento, desde el profundo conocimiento de los teatros probables de la guerra, como Bohemia, desde los recursos pecuniarios hasta el fusil de aguja y los planes de Moltke, todo lo tenía dispuesto. No eran inferiores á las materiales sus energías morales. En su ejército, compuesto de todas las clases de la sociedad, palpitaba el ardiente amor de la patria, ferviente fe en el destino histórico del pueblo prusiano, junto con el amargo recuerdo de los desastres pasados y del año de vergüenza de mil ochocientos cincuenta. Austria, por lo contrario, no se había renovado un punto. Sus tropas, de bravura incontestable, conservaban aún, excepto su admirable artillería, el antiguo armamento, y sus generales sólo conocían la táctica del siglo décimo-octavo. Carecía igualmente de unidad moral. En el ejército que se batió en Koeniggratz, había veintitrés regimientos de alemanes, otros tantos de húngaros, trece de polacos, siete de italianos, y los regimientos húngaros eran una mezcla de croatas, servios y rumanos. Era aquello una Babel militar, imagen de la Babel nacional. A mediados de Junio, el generalísimo austriaco, Benedek, tenía á sus órdenes doscientos sesenta y tres mil hombres, con setecientos cincuenta y dos cañones, á los que se incorporó, del diez y seis al diez y ocho, el ejército sajón, compuesto de veintitrés mil hombres y sesenta cañones. A Italia se enviaron ciento sesenta y cuatro mil hombres, de las mejores tropas. Prusia llevó en breve á la frontera austro-sajona, merced á sus vías-férreas, doscientos cincuenta y cuatro mil hombres, con ochocientos cañones, mandados en jefe por el propio rey Guillermo y divididos en tres ejércitos: el primero, á las órdenes del príncipe Federico Carlos; el de Silesia, á las del Príncipe real, y el del Elba, á las del general Herwarth.

Prusia operó con rapidez asombrosa. Con unas cuantas marchas, puso fuera de combate al Elector de Hesse y al rey de Hannover. Las tropas hannoverianas, que trataban de ocultarse para ir á reunirse con los ejércitos meridionales, por caminar con gran lentitud, capitularon el veintinueve de Junio, después del combate de Langensalza. Francfort fué ocupada, castigada con una contribución de veinticinco millones de florines y con tal dureza tratada, que uno de los burgomaestres se suicidó de desesperación, «Todos los países al Norte del Mein están á los pies de V. M.», escribía á su señor el general Vogel de Falckenstein. Manteuffel, que le sustituyó, barrió á los badenses y hesseses; forzó á Nuremberg á abrirle las puertas, y se disponía á invadir á Baviera cuando le llegó la noticia del armisticio.

En Bohemia, la artillería de Benedek era superior á la de sus contrarios y excelente su caballería; pero el fusil de aguja aseguraba á la infantería prusiana una ventaja tan grande que, en todos los encuentros, las pérdidas de los austriacos fueron tres veces mayores que las de sus adversarios. Desde la campaña de Italia, el estado-mayor austriaco había adoptado la táctica de ofender cargando en filas apretadas. Los prusianos, que combatían como tiradores, aprovechaban todos los recursos del terreno y, habituados á los movimientos envolventes y á los ataques de flanco, paraban con sus fuegos convergentes las columnas enemigas y las diezmaban al replegarse. Benedek, que debió el nombramiento á la gran popularidad que le valieran sus triunfos en Italia, era excelente divisionario, de ningún modo general en jefe; aceptó el cargo, que le aplastaba, cediendo á las reiteradas instancias del Emperador y del archiduque Alberto, y con modestia quizás punible, se limitó á ejecutar, casi sin discutirlos, los planes de Henikstein y de Krismanic. Este último era un teórico, tan sobrado de ciencia como falto de ojo práctico, enteramente dominado por las tradiciones del siglo décimo-octavo, y cuya lentitud y prudencia fueron al punto arrolladas por la impetuosidad de los prusianos. Al revés de Moltke, que, después de haber iniciado á los generales en sus proyectos, les dejaba en la ejecución completa iniciativa, el cuartel general austriaco se empeñaba en dirigirlo todo, y sabido es que los comandantes de cuerpo ejecutan mal las órdenes que no se les explica bien. No es tampoco de despreciar la circunstancia de haber, entre estos, más de uno que debía su posición al nacimiento antes que al talento, y de aquí la desigualdad en el cumplimiento de su cometido.

La lentitud de Benedek dió tiempo á los prusianos de ocupar á Sajonia sin disparar un tiro, dejando en Silesia, para prevenir una invasión, el ejército del Príncipe real. Seguidamente, entraron en Bohemia por tres líneas, muy distantes una de otra. Entre Federico Carlos, que avanzaba por el paso del Elba y Rœichenberg, y el Príncipe real, que había de desembocar por los desfiladeros de los montes Gigantes, Benedek ocupaba una posición ventajosa, pero de la que no supo sacar todo el partido posible. No topando sino con fuerzas inferiores á las suyas, Federico Carlos pasó el Iser, mal defendido por Clam-Gallas, y después de los combates de Hünérwasser, Liebenau, Podol, Münchengroetz y Jitchin, librados del veintiséis al veintinueve de Junio, rechazó hacia Sadowa y Koeniggrætz la izquierda austriaca, medio desbandada. Krismanic, que había pensado batirle antes de la llegada del ejército de Silesia, perdió cuarenta y ocho horas, dando tiempo á que estas fuerzas entrasen en fuego. En Trauttenau fué detenido uno de sus cuerpos por Gablentz; pero cogido éste por el flanco izquierdo, hubo de replegarse en desorden después de haber sido batido en Burkersdorff. Vencedor el general prusiano, Steinmetz, en Machod, Skalitz y Schweinschœdel, del veintisiete al veintinueve de Junio, juntáronse los dos ejércitos prusianos y se incorporó al cuartel general el rey, con Moltke,

Roon y Bismarck. Los últimos combates habían costado cuarenta mil hombres á los austriacos, cuyas divisiones sufrieron gran quebranto moral. «Ruego fervientemente á V. M., telegrafiaba Benedek el primero de Julio, concluir la paz cueste lo que cueste; es inevitable una catástrofe.» La prudencia aconsejaba, en efecto, evitar un encuentro, conservar los recursos de la monarquía, dando á las potencias extranjeras tiempo de intervenir. Mas Francisco José entendió que debía, para salvar el honor, librar una gran batalla. El ejército austriaco ocupaba, un poco al norte de Kœniggrætz, en la margen derecha del Elba, una posición muy fuerte, sólidamente atrincherada en las alturas de Lipa y de Tsistovets, que defienden el Rysritsa y el Trotina. Los prusianos resolvieron atacarlo, á pesar de hallarse á cinco leguas de distancia el Príncipe real. La batalla se dió el día tres de Julio. Federico Carlos pasó sin grandes dificultades el Bystritsa; mas, cuando quiso salir de Sadowa, fué detenido por el fuego espantoso de la artillería enemiga. Los prusianos fueron tenidos en jaque hasta las dos de la tarde, en que el ejército del Príncipe real llegó y atacó la extrema derecha de los austriacos, apoderándose uno de sus generales, Hiller, de la posición dominante y decisiva de Chlum, que Benedek ya no pudo recobrar. En un furioso asalto para reconquistarlo, una columna de diez y ocho mil infantes perdió el tercio de su efectivo. Á las tres y media de la tarde, los prusianos echaban á los austriacos de todas las alturas y Benedek disponía la retirada, que protegió la artillería con abnegación admirable. Por el cansancio y por no darse cuenta inmediata de la importancia de su triunfo, los vencedores dejaron dos días de descanso á los vencidos, y este plazo salvó de un desastre completo á los austriacos. Perdieron éstos trece mil muertos, diez y ocho mil heridos y trece mil prisioneros; las bajas de los prusianos no pasaron de nueve mil hombres.

Vencidos en Alemania, los austriacos fueron vencedores en Italia. El veintitrés de Junio, La Marmora pasó el Mincio y emprendió la ruda operación de penetrar de frente en el cuadrilátero, mientras Cialdini se disponía á rodearlo, para embestirlo por la baja cuenca del Pó; pero el archiduque Alberto, calculando que Cialdini invertiría en su operación de dos á tres días, abandonó el veinticuatro sus posiciones entre Verona y Padua y desplegó sus fuerzas delante del ejército de La Marmora, que marchaba á la ventura y no creía al enemigo tan próximo. Cerca de Custozza se trabó la batalla, que, perdida para los italianos á las diez y media de la mañana, restablecida en su favor entre medio día y una de la tarde, perdiéronla definitivamente á las dos, por no haber sabido coordinar los movimientos de los divisionarios y por falta de dirección superior. No fué Víctor Manuel más afortunado por mar, á pesar de haber gastado trescientos millones en adquirir una de las más hermosas flotas de Europa. Sus acorazados, construidos en América y en Francia, debían hundir de un golpe en el mar á la vieja flota austriaca, mal armada y montada por tripulantes dálmatas y venecianos. El almirante italiano era

Persano; el austriaco, Tegethof. Decidió Persano apoderarse de Lissa, isla de la costa de Dalmacia, que atacó del diez y siete al diez y nueve. El veinte, Tegethof, con maravillosa audacia y decisión admirable, reunió su escuadra y la lanzó con toda velocidad contra la delgada línea absurdamente adoptada por Persano. El acorazado *Re d'Italia* fué echado á pique con cuatrocientos hombres; el *Palestro* estalló. La flota italiana, maltrecha por los barcos de madera de Austria, se refugió en Ancona, dejando á todas las marinas de Europa en duda acerca de la eficacia de los acorazados.

Después de Sadowa, Benedek se replegó á Olmütz, á donde le siguió el Príncipe real, en tanto que Federico Carlos marchaba hacia Viena, plaza abierta y expuesta á un asalto. La consternación se apoderó de los vienenses. El gobierno prusiano, que había alistado á són de trompeta á los magyares desterrados y formado con cierto número de ellos una legión, simulaba enviarlos á Hungría para sublevar este país. La monarquía austriaca parecía amenazada de total subversión. Francisco José, viéndose perdido, volvió sus ojos hacia el único gobierno que juzgaba dispuesto á salvarle, Francia, comunicando el cuatro de Junio en telegrama á Napoleón III que le cedía Venecia, á reserva de trasferirla á Italia, é invocando su intervención para obtener de esta potencia la paz y de Prusia un armisticio.

La batalla de Sadowa llenó de asombro á Europa y de confusión á la diplomacia francesa, que había fundado sus cálculos en la derrota de Prusia, ó, á lo menos, en una guerra larga y mortífera que agotase las fuerzas de los combatientes. ¿Qué haría Napoleón III, en cuyas manos parecía estar la suerte de Austria, Prusia, Alemania é Italia? Lo más prudente, quizás, hubiese sido convocar á Europa, acogiendo el pensamiento de un congreso que le proponía Gortchakof; lo más conveniente, imponerse á Italia y á Prusia mediante cierta exhibición de fuerzas militares. Pero, en estos instantes, el Emperador de los franceses se hallaba en un estado de postración física que paralizaba casi por completo su voluntad, y no se le ocurrió otra cosa que pedir á las potencias beligerantes aceptar en principio su mediación y proponerles un armisticio. Bismarck respondió que nada tan lejos del ánimo de su rey como el declinar la mediación francesa; pero que no podía, en este punto, separarse de Italia, con la que le ligaban compromisos solemnes; y al tiempo que esto decía, excitaba en secreto, y con todas sus fuerzas, al gabinete de Florencia á que diese análoga respuesta. En modo alguno estaban dispuestos á suspender las hostilidades los italianos, amargados con el recuerdo de Custoza y ansiosos de vengar el honor de su bandera, y así rechazaron la intervención de Francia, escudándose en sus obligaciones para con Prusia, y se apresuraron á pasar el Pó el ocho de Julio, por segunda vez. En este instante, debió Napoleón III imponer á Víctor Manuel y á Guillermo el armisticio, cuya proposición recibieran de tan mala gana; pero aquel desdichado soberano, enfermo siempre, oscilaba sin cesar entre dos influencias opuestas, sin llegar nunca

á adoptar decisión. Beust, enviado por Francisco José á París para hacer el último esfuerzo, halló al Emperador enfermo, sin voluntad, balbuceando como un niño: «No estoy para nada», le respondió con apagada voz. Con este motivo, decía una señora á Vitzthum d'Eckstadt: «Cuando la casta Austria se decidió á otorgar á Napoleón sus últimos favores, no encontró más que..... un Abelardo después de la carta». Mientras Napoleón III se agitaba, sin obrar, en sus *patrióticas angustias*, Prusia aprovechaba maravillosamente el tiempo, internándose en la monarquía austriaca. El catorce de Julio, Moravia entera, excepto Olmütz, era ocupada, y las vanguardias prusianas llegaban á Znaym, á dos millas de Viena. Al día siguiente, el quince, se dió el combate de Tobitschau, que puso de manifiesto la desorganización del ejército austriaco. Benedek quedó separado del Danubio, que ya no podía ganar sino dando un largo rodeo al Este, y el cuartel general prusiano avanzó hasta Nikolsburgo, á doce millas de la capital de Austria. En aquella monarquía, que nunca fuera otra cosa que una asociación floja, yuxtaposición más bien, de muy diversos pueblos, la pública desgracia suscitaba las pasiones separatistas. Hungría se negaba á enviar socorros mientras no se le devolviesen sus prerrogativas. Austria sucumbía, más que al empuje de su enemigo, al peso de las faltas seculares de su dinastía y de su debilidad orgánica.

Al fin, el catorce de Julio redactó el gobierno francés los preliminares de paz que iba á proponer á las partes beligerantes, y cuyos extremos eran: «integridad del imperio austriaco, excepto Venecia; disolución de la antigua Confederación germánica y formación de otra, de que no formaría parte Alemania; unión de la Alemania del Norte, ó sea de todos los Estados situados al norte de la línea del Mein, bajo la dirección militar de Prusia; libertad á los Estados alemanes situados al sur del Mein, de formar entre sí una unión de la Alemania del Sur, con existencia internacional independiente y facultad de regular como le pluguiese sus vínculos nacionales con la unión del Norte; anexión á Prusia de los ducados de Elba, excepto los distritos del Norte de Sleswig, cuyos habitantes deseaban volver á Dinamarca; pago de indemnización por Austria y sus aliados á Prusia, en concepto de gastos de guerra». El rey Guillermo aceptó el programa francés, á condición de que la corte de las Tullerías consintiese, tácitamente á lo menos, las anexiones territoriales de que Prusia necesitaba para formar en adelante un territorio sin solución de continuidad. Este extremo logró resolverlo, á satisfacción de Guillermo, su representante, Goltz, en una entrevista que tuvo con Napoleón III en Saint-Cloud. Tomando al Emperador de los franceses por su lado flaco, la idea de las nacionalidades, y deslumbrándole con compensaciones territoriales que la corte de Berlín estaba dispuesta á tolerarle en la margen izquierda del Rin, obtuvo cuanto quiso, mucho más de lo que esperaba, nada menos que la anexión de Hannover, de Hesse-Electorado, de Hesse-Homburgo, del ducado de Nassau, de la ciudad de Francfort y de varios distritos bávaros;